

**GUÍA PARA LA VISITA
DE LAS
SIETE IGLESIAS
DEL JUEVES
AL VIERNES SANTO**



Introducción

LAS ESTACIONES O VISITAS DE IGLESIAS que practican los fieles la noche del Jueves al Viernes Santo, tienen por finalidad agradecer a Jesucristo el don de la Eucaristía y del Sacerdocio que instituyó aquella noche santa, y son una especie de honroso desagravio que se ofrece a Nuestro Señor por las ignominias, dolores y afrentas que padeció en el tiempo de su Pasión en el Huerto, en las calles de Jerusalén, en las casas de Anás, Caifás, Pilatos, Herodes y en el Calvario; y asimismo, por todas las irreverencias y sacrilegios cometidos en las Iglesias desde la institución del Santísimo Sacramento. Por lo cual es fácil comprender con qué espíritu, con qué modestia, fervor y devoción deben hacerse estas Estaciones o Visitas.

En cada iglesia se leerá la meditación y se detendrá a meditar un poco sobre lo que padeció Jesucristo en aquellos pasos que se han leído y lo que padece aún todos los días. Ha de acompañarse esta meditación con un gran dolor y vivo arrepentimiento de las culpas.

Oración inicial

(A San Felipe Neri, promotor de esta antigua devoción)

✠ Por la señal de la santa cruz...

¡Oh SAN FELIPE!, QUE EN LA VISITA DE las siete Iglesias, merecisteis vencer muchas veces al enemigo infernal y tener en vuestra compañía a los Santos Ángeles para que os librasen de los peligros, y recibir el Espíritu Santo que os dilatase el corazón, con otros dones del Cielo; concededme que, pues hago hoy esta peregrinación por imitaros, sea también revestido de vuestro espíritu quebrantado, para que merezca en parte los favores que a vos concedió el Cielo.

Alcanzadme, Padre amoroso, aquellas tus disposiciones de santas lágrimas, de encendidos afectos, de alta contemplación, de rigurosa abstinencia con que acompañabais este devoto camino, para que pueda conseguir el fruto que vos pretendisteis al instituir esta piadosa práctica, confirmada con vuestro consejo y ejemplo.

Intenciones

- En acción de gracias por todos los beneficios recibidos.
- Para alcanzar una verdadera contrición de nuestros pecados pasados.
- Por la enmienda de la presente tibieza en el servicio de Dios, y de nuestros otros defectos.
- Por el Sumo Pontífice, por la Santa Iglesia y por todos los obispos y sacerdotes.
- Por los gobernantes de las naciones, en especial los de nuestra patria.
- Por el aumento, perseverancia y santificación de las vocaciones sacerdotales y religiosas.
- Por la conversión de los pecadores.
- Por nuestra Familia Religiosa, y por la santidad de todos nuestros misioneros.
- Por todos los benefactores de nuestra Familia Religiosa, vivos y difuntos.
- Por el fin de la pandemia en todo el mundo, por los afectados, por su pronta recuperación, por su fortaleza y la fortaleza de sus familias.

- Por todos los médicos, enfermeros y personal de la salud que trabaja tan intensamente atendiendo a los contagiados.
- Por todos los sacerdotes que en estos días desempeñan valientemente su labor pastoral en las zonas afectadas.
- Por todos los fieles difuntos, en especial los fallecidos a causa de la peste.
- Por todas nuestras intenciones particulares.

En virtud del alto precio de la Pasión de Nuestro Señor, se pedirá al Eterno Padre:

- Que nos libre de los **siete pecados capitales**.
- Que nos conceda el crecimiento en las **siete virtudes**, teologales y cardinales.
- Y nos dé los **siete dones** del Espíritu Santo.

Acto de Contrición

¡S EÑOR MÍO JESUCRISTO!, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor mío; por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, a mí me pesa de todo corazón el haberos ofendido, y propongo firmemente no pecar más y apartarme de todas las ocasiones de ofenderos; ofrézcoos mi vida, obras y trabajos en satisfacción de todos mis pecados y confío en vuestra divina bondad y misericordia infinita me los perdonaréis por los méritos de vuestra preciosísima Sangre, Pasión y Muerte, y me daréis gracia para enmendarme y para perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amén.



Primera Visita

Desde el Cenáculo hasta
el Huerto de Getsemaní

Meditación. Considera, alma, cómo nuestro amantísimo Redentor Jesús, habiendo cenado con sus Apóstoles y habiéndoles lavado los pies, instituyó el Santísimo Sacramento para estar con nosotros todos los días hasta la con-

sumación de los siglos, en lo cual nos mostró la más dulce fineza de su Amor. Y siendo llegada ya la hora de su Pasión, se despidió de su Santísima Madre para ir a padecer, y se encaminó, acompañado de sus Discípulos, al Huerto de Getsemaní donde, todo lleno de tristeza, oró tres veces a su Eterno Padre, pidiéndole que, si fuera posible, le dispensase beber el cáliz de la Pasión; pero siempre estuvo resignado en su Divina Voluntad. Y representándosele vivamente todos los tormentos y afrentas que había de sufrir en su Pasión y Muerte, y la pérdida de tantas almas que se habían de condenar por no aprovecharse de los medios que les dejaba para su remedio, empezó a agonizar el afligidísimo Jesús, como si estuviera para morir, sudando sangre por todos los poros de su Santísimo Cuerpo, en tanta abundancia que regaba, con ella, la tierra.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria y reverencia de aquel exceso de amor con que después de haber lavado los pies de tus Discípulos, instituiste el Santísimo Sacramento para estar con nosotros hasta la consumación de los siglos; y de aquel tierno sentimiento que tuviste al despedirte de tu Santísima Madre para ir a padecer; y de la gran tristeza, agonía y sudor de sangre que padeciste en el Huerto de Getsemaní: Alábente por mí, Señor, todas las criaturas humanas y angélicas, con su Reina, la Virgen María, tu Madre y mi Señora, por cuya intercesión y por las dulces finezas de tu amor, humildemente te suplico me des gracia para corresponder agradecido y acompañarte en tu dolorosísima Pasión; y que encamines mis pasos por las sendas de tu Divina Ley y cumplimiento de mis obligaciones, para que perseverando en tu santo servicio todos los días de mi vida, logre

al fin una dichosa muerte, por medio de
la cual pase a gozarte por una eternidad
en la Gloria. **Amén.**



Segunda Visita

Desde el Huerto hasta
la casa de Anás

Meditación. Considera, alma, cómo nuestro Amantísimo Redentor Jesús, levantándose de la oración, bañado del sudor de sangre, salió al encuentro de un escuadrón de gente armada que venía para prenderle. Y habiendo recibi-

do el falso ósculo de paz que le dio su traidor discípulo Judas, fue preso y atado con inhumana crueldad por aquella impía gente y, de este modo, como a un infame ladrón, lo llevaron con gran tropel e ignominia camino de Jerusalén, lo entraron con algazara por la ciudad y lo presentaron a Anás, el cual le preguntó sobre su doctrina. Y dando el mansísimo Jesús una humilde y sabia respuesta, uno de los criados del pontífice dio en su Santísimo Rostro una cruel bofetada, de cuya horrible injuria estuvo este Señor tan lejos de airarse, cuanto lo explican las palabras en que prorrumpió amoroso: *“Si he hablado mal, muestra en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?”*.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria, reverencia y desagravio de aquellos dolorosísimos pasos que dis-

te por nuestro amor desde el Huerto de Getsemaní hasta la casa de Anás, cuando con tanta inhumanidad te llevaron preso, atado, maltratado e infamado, como a un infame ladrón; y de aquella grande afrenta e injuria que toleraste cuando recibiste la horrible bofetada que te dio el impío criado del pontífice, al cual respondisteis con tanta mansedumbre y humildad: Bendígante, Señor, por mí, con eternas alabanzas, honra y gloria, todas las criaturas humanas y angélicas, con su Reina, la Santísima Virgen María, tu Madre y mi Señora; y yo, por su intercesión y por las afrentas que padeciste en estos pasos de tu Santísima Pasión, humildemente te suplico me libres de las duras prisiones del pecado, de los lazos del demonio, de la esclavitud del mundo, de las abominables cadenas de la carne, y me des paciencia y mansedumbre para tolerar

las injurias por tu amor, para que, puesto por los méritos de tu Pasión en la verdadera libertad de Hijo de Dios, pase como tal, por medio de una buena muerte, a la herencia eterna de la Gloria, en la cual te goce por toda la eternidad. **Amén.**



Tercera Visita

Desde la casa de Anás
hasta la de Caifás

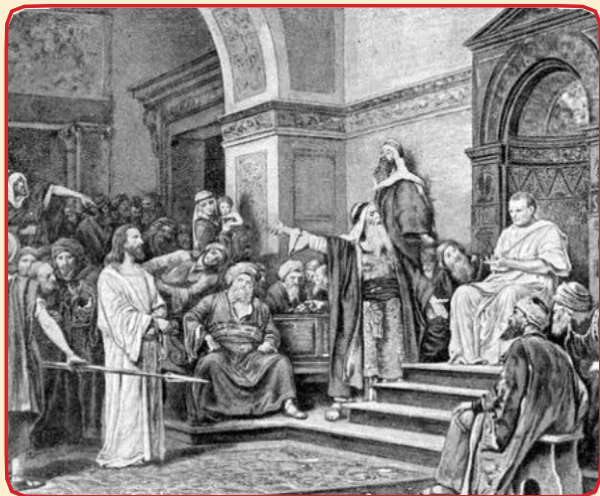
Meditación. Considera, alma, cómo nuestro Amantísimo Redentor Jesús fue llevado con gran ignominia y afrenta a la presencia de Caifás, en donde estaban juntos los sacerdotes y doctores de la Ley, buscando hallar testimonios o pruebas para condenar a muerte al inocen-

tísimo Cordero; el cual, siendo acusado por muchos falsos testigos, no respondió palabra alguna en su defensa. Y viendo Caifás que no hallaba razón para condenar a muerte a Jesús y que no respondía palabra alguna, le conjuró de parte de Dios vivo que le dijese si era Cristo, Hijo de Dios. Entonces, el humildísimo Jesús, por reverencia de su Eterno Padre, respondió que sí; y al punto, Caifás rasgó sus vestiduras, diciendo había blasfemado; y todos, a una voz, dijeron que era merecedor de la muerte; entonces escupieron en su Santísimo Rostro y le dieron bofetadas. Y entregado el mansísimo Jesús a la custodia y arbitrio de los soldados, pasó lo restante de aquella tristísima y funesta noche entre inexplicables tormentos, añadiéndose a éstos la ingratitud de su discípulo Pedro, que lo negó tres veces. Pero compadeciéndose de él, el piadosísimo Jesús lo miró, y al punto, Pedro, reconociendo su error, se salió afuera y lloró amargamente su pecado.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria, reverencia y desagravio de aquellos dolorosísimos pasos que, por nuestro amor, diste desde la casa de Anás a la de Caifás, donde fuiste acusado, afrentado y maltratado impíamente; y del gran dolor que tuviste por la ingratitud de tu discípulo Pedro, sobre el cual pusiste benigno tus piadosos ojos para que volviese en sí y llorase amargamente su pecado: Alábente, Señor, por mí, con eternos cánticos, los Espíritus Angélicos y todas las criaturas, con su Reina, la Santísima Virgen María, tu Madre y mi Señora; por cuya intercesión y por los tormentos que pasaste en aquella tristísima y funesta noche, te suplico humildemente me libres de las crueles acusaciones del enemigo en la hora de la muerte y juicio particular, de sus astucias, engaños y tentaciones; y que me concedas, en aquella

última hora, un dolor muy grande de mis pecados y una esperanza firme de que me perdonarás por tus santísimos méritos, para que de ese modo, muriendo en paz, pase a gozarte por toda la eternidad en la Gloria. **Amén.**



Cuarta Visita

De la casa de Caifás
a la de Pilatos

Meditación. Considera, alma, cómo nuestro Amantísimo Redentor Jesús, después de haber pasado aquella funesta noche de tormentos, venida la mañana, lo llevaron los judíos a casa de Pilatos, con las manos atadas, todo desfigurado. Y de este modo fue presentado ante el

Presidente, quedándose los judíos fuera del Pretorio, los cuales comenzaron a acusar al inocentísimo Jesús de que era un hombre turbador de la paz, que prohibía pagar tributo al César y que se hacía Rey de los Judíos. Y habiendo examinado Pilatos, y no hallando en Él causa, se volvió a los judíos y les protestó que nada había hallado en aquel hombre que lo hiciese digno de muerte. Mas ellos multiplicaron las acusaciones, a las que el mansísimo Jesús no respondió palabra alguna, de lo cual se admiró sobremanera Pilatos. Pero los judíos clamaban más y más que era un hombre sedicioso y que suscitaba alborotos por toda la región, desde Galilea hasta Jerusalén. Oyendo Pilatos el nombre de Galilea, e informado que Jesús era de aquella Provincia, lo envió al Rey Herodes, a cuya jurisdicción pertenecía, el cual en aquellos días estaba en Jerusalén.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh Dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria, reverencia y desagravio de aquellos dolorosísimos pasos que diste, por nuestro amor, desde la casa de Caifás a la de Pilatos, donde fuiste acusado impíamente por los judíos; y de aquella mansedumbre, silencio y humildad con que sufriste las inicuas acusaciones; y que te llevasen por las calles públicas de la ciudad a la presencia de Herodes: Bendígante, Señor, por mí, los Coros de los Ángeles y todas las criaturas, con su Reina, la Santísima Virgen María, tu Madre y mi Señora; por cuya intersección y por todo lo que sufriste en estos pasos de tu dolorosísima Pasión, humildemente te suplico me defiendas de las astucias y asechanzas del enemigo, y me des mansedumbre, silencio y humildad para sufrir, por tu amor, las injurias, calumnias y contradicciones que se ofrezcan en este miserable mundo, para que, a tu ejemplo e imitación, tenga una

vida toda mortificada y merezca una dichosa y tranquila muerte, por medio de la cual pase a gozarte por una eternidad en la Gloria. **Amén.**



Quinta Visita

De la casa de Pilatos
a la del Rey Herodes

Meditación. Considera, alma, cómo nuestro Amantísimo Redentor Jesús fue llevado al Rey Herodes, con tropel e ignominia, por medio de Jerusalén. Y como era ya entrado el día, estarían las calles llenas de gente y toda la ciu-

dad convidada con la novedad. De este modo, con las manos atadas, afrentado y fatigado, llegó a la presencia de Herodes, el cual se gozó mucho viendo a nuestro amantísimo Jesús, porque hacía mucho tiempo que lo deseaba ver y esperaba hiciese algún prodigio en su presencia. Y habiéndole preguntado muchas cosas, el prudentísimo Jesús no respondió palabra alguna; por lo cual, despreciándolo Herodes con todas sus guardias, vistiéndole una vestidura blanca, como hombre de ningún aprecio, lo volvió a enviar a Pilatos.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh Dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria, reverencia y desagravio de aquellos afrentosos pasos que diste, por nuestro amor, desde la casa de Pilatos a la de Herodes, avergonzado, por las calles públicas de la

ciudad; y de aquel silencio, modestia y humildad con que estuviste delante de Herodes y sufriste el desprecio que te hizo, vistiéndote de una vestidura blanca, como a un loco, enviándote, de este modo, a Pilatos: Alábente, Señor, por mí, con eternos cánticos, los Celestiales Espíritus y todas las criaturas, con su Reina, la Santísima Virgen María, tu Madre y mi Señora; por cuya intercesión y por lo que sufriste en estos afrentosos pasos de tu dolorosísima Pasión, te suplico humildemente me des gracia para portarme con prudencia y moderación en mis palabras y acciones, y me concedas mansedumbre y humildad para sufrir, por tu amor, los desprecios y afrentas, para que, imitándote en esta vida, logre al fin una feliz muerte y pase a gozarte por toda la eternidad en la Gloria. **Amén.**



Sexta Visita

De la casa de Herodes
a la de Pilatos

Meditación. Considera, alma, cómo nuestro Amantísimo Redentor Jesús fue sacado con la vestidura blanca de casa de Herodes para ser llevado otra vez a la de Pilatos. Y, de este modo, lo llevaron por medio de las calles, con grande algazara

del pueblo, viendo con vestidura de loco al humildísimo Jesús, a quien pocos días antes habían visto aclamado y admirado por su doctrina y milagros. Y habiendo llegado el inocentísimo Jesús a casa de Pilatos, viendo éste que no podía aplacar el odio de los judíos, que pedían a voces su muerte, para disuadirlos de ello y apaciguar su furia, recurrió a otro medio, aunque injusto y cruel, que fue mandarlo a azotar; lo cual al punto se ejecutó con inhumana crueldad, descargando los verdugos una horrible lluvia de azotes sobre las delicadas espaldas del pacientísimo Jesús. Después, los soldados le pusieron sobre sus hombros un mal vestido de púrpura, una horrible corona de espinas en su cabeza y, en su mano, una caña por cetro, y, saludándolo, decían: Dios te salve, Rey de los Judíos, hiriendo, al mismo tiempo, su sagrada cabeza con la caña y maltratando su rostro con salivas y bofetadas. Viendo Pilatos tan maltratado a Jesús, lo presentó al pue-

blo para que se compadeciesen a vista de tan cruel espectáculo, y les dijo: Mirad a este hombre. Pero ellos, endurecidos, pidieron a voces que lo crucificasen. Pilatos, después de otras diligencias para librarlo de la muerte, viendo que nada aprovechaba y que crecía por momentos la sedición, dio finalmente sentencia de muerte contra el inocentísimo Jesús.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria, reverencia y desagravio de aquellos dolorosos pasos que diste, por nuestro amor, desde la casa de Herodes a la de Pilatos, afrentado, por medio de la ciudad, con la vestidura de loco; y de aquella gran mansedumbre y humildad con que sufriste tantos y tan crueles azotes; y que por burla y escarnio te vistiesen de púrpura, te coronasen de espinas, maltratasen tu santísimo rostro

con salivas y bofetadas; y que Pilatos te sentenciase a muerte: Bendígante, Señor, por mí, todas las criaturas humanas y angélicas, con su Reina, la Virgen Santísima, tu Madre y mi Señora; por cuya intercesión y por todo lo que padeciste en estos dolorosísimos pasos de tu santísima Pasión, humildemente te suplico me des gracia para sufrir los desprecios y afrentas por tu amor, y que, mortificando mi carne con todos sus apetitos y pasiones, la sujete al espíritu y no goce de los falsos placeres y vanas alegrías del mundo, antes, sí, tenga todo mi consuelo en la mortificación y penitencia y en guardar tu santísima ley todos los días de mi vida, para que, muriendo en paz, merezca oír de tu divina boca en el día del Juicio, aquella dulce sentencia que oirán tus escogidos, con los cuales te alabe por toda la eternidad en la Gloria. **Amén.**



Séptima Visita

De la casa de Pilatos
al Monte Calvario

Meditación. Considera, alma, cómo nuestro amantísimo Redentor Jesús, habiendo sido sentenciado a muerte, fue entregado en manos de sus enemigos, los cuales, con bárbara crueldad, cargaron sobre sus hombros el pesado madero

de la Cruz. Y de este modo, acompañado de dos ladrones para más afrenta, rodeado de soldados y seguido de una gran muchedumbre del pueblo, fue sacado de la ciudad el inocentísimo Jesús y llevado al Monte Calvario, en cuyo camino cayó repetidas veces bajo el pesado leño de la Cruz y encontró a su afligidísima Madre, cuyo doloroso encuentro atravesó aquellos dos afligidos Corazones. Y habiendo llegado al Monte Calvario, fue crucificado entre los dos ladrones que le habían acompañado en el camino, en medio de los cuales estaba el inocentísimo Jesús, como si fuera un infame malhechor, clavado con recios clavos en el duro leño de la Cruz, a vista de sus enemigos y de toda la muchedumbre que se había juntado a ver este lastimoso espectáculo, al cual se halló presente la Santísima Virgen María, atravesada su alma del más intenso e inexplicable dolor, viendo a su inocentísimo Hijo pendiente de la Cruz por el espacio de tres horas, hecho un abismo

de penas, ignominias y afrentas, y que últimamente, rodeado de angustias y dolores mortales, encomendando su espíritu en manos de su Eterno Padre, inclinó la cabeza y expiró. A este dolor de la piadosa Madre se añadió el de ver abrir el costado de su Santísimo Hijo; y después que le bajaron de la Cruz, tenerlo en sus brazos y acompañarle hasta que lo pusieron en el sepulcro, quedando esta dolorosísima Señora en su triste soledad.

Se rezan tres Padrenuestros, un Avemaría y un Gloria.

Ofrecimiento. ¡Oh dulcísimo Redentor mío!, yo te ofrezco esta estación y oraciones en memoria, reverencia y desagravio de aquellos dolorosos y afrentosos pasos que diste, por nuestro amor, desde la casa de Pilatos hasta el Monte Calvario, oprimido con el grave peso de la Cruz, acompañado de dos ladrones, rodeado de soldados y con grande algazara del pueblo; y de aquella grande pena

que tuviste con el doloroso encuentro de tu afligidísima Madre; y de los grandes dolores, ignominias y afrentas que padeciste en presencia de esta piadosísima Señora, desde que te crucificaron entre dos ladrones, como a un infame malhechor, hasta que expiraste en la Cruz, rodeado de mortales angustias y dolores: Alá bente y bendígante, Señor, por mí, Espíritus Angélicos y todas las criaturas, con su Reina, la Santísima Virgen María, tu Madre y mi Señora; por cuya intercesión y por todo lo que padeciste en tu Santísima Pasión y Muerte, humildemente suplico me des gracia para llevar, con paciencia y resignación, la cruz que te has servido mandarme, y me concedas un dolor grande de mis pecados, que fueron la causa de tus dolores, afrentas y muerte, y de las angustias y dolores de tu afligidísima Madre y mi Señora. Concédeme también, Señor, que tenga siempre presente tu dolorosísima Pasión y Muerte, cuya memoria me sea escudo

invencible contra mis enemigos: mundo, demonio y carne; y que siguiendo siempre el camino de la Cruz, tenga toda mi gloria en padecer por tu amor, para que, siguiendo tus pasos todos los días de mi vida, logre al fin morir con la muerte de los Santos, en cuya compañía te vea, ame, goce y alabe por toda la eternidad en la Gloria. **Amén.**

Oración Final

¡Oh

TRISTÍSIMA Y AFLIGI-
DÍSIMA VIRGEN MARÍA

Reina de los Ángeles,
Madre de mi Jesús y Señora mía, ¡la
más afligida de las madres por la
dolorosísima Pasión y Muerte de tu
inocentísimo Hijo! Yo, Señora, te
acompañó y compadezco en tus
dolores, angustias y soledad, y te
suplico humildemente, por estas amar-
guras y aflicciones que padeciste, me al-
cances de tu Santísimo Hijo el perdón de
mis pecados y que me conceda todo lo
que le he suplicado en estas estaciones de
su Santísima Pasión. Y tú, Madre piado-
sísima, socórreme, favoréceme y ampá-
rame en todas mis necesidades, tentacio-
nes y peligros, principalmente en la hora
de mi muerte, para que saliendo mi alma

en paz de esta vida, logre la Gloria del Paraíso, donde en tu compañía y en la de todos los Ángeles y Santos, ame y alabe a Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

Se reza una Salve a María Santísima, en honor a sus Dolores y Soledad.

